

riales menos rebeldes. En la Capilla, el gótico está presente de una manera esencial, con sus finalidades cumplidas.

Segundo. Un resplandor de Oriente en el detalle de su labor: en la bóveda estrellada, en los flecos de encaje que caen sobre los ajimeces de las tribunas, y en otras varias circunstancias que no escapan al ojo del entendido, y que, sin precisarlas nosotros, las percibiremos por el efecto que nos producen.

Tercero. De igual modo, a la hora en que los cincelos y los martillos sonaban con música acompasada en las inmediaciones de la Capilla, tal vez por todo el espacio que ahora se llama plaza y calle de los Apóstoles, en los mentideros de la ciudad se comentarían las nuevas de fantásticos descubrimientos por las Indias occidentales. Con la hipérbole que infla la noticia original progresivamente, los pájaros de plumas vistosas, los simios que se encaraman hasta las más altas ramas en el bosque, los salvajes desnudos, la fronda espesa y gigantesca, serían tema de conversación para villanos e hidalgos, para la gente letrada y para la ignorante. ¿Es que iba a ser impermeable a esta influencia la imaginación del tracista de la Capilla, precisamente, cuando de eso, de imaginación ubérrima y desbordada, nos ofrece muestras evidentes?

Pues que no nos reproche nadie de suplir nosotros, imaginativamente también, con deducciones arbitrarias, hechas para pasar el rato esta noche, en lo que el arquitecto ignoto de la Capilla de los Vélez no quiso escuchar ni admitir ni interpretar. El artista es una avidez perpetua, que absorbe todas las actualidades del ambiente. Y si aquí no tenemos, como en la portada de San Gregorio de Valladolid, grupos de salvajes en torno al árbol tropical (habiéndolos afuera, en el ábside, tenantes del escudo), están también por adentro las versiones de la revelación de América, en la mezcla de monstruos y vástagos y hojarasca con que aparece adornado el fondo de los altares o capillas laterales del presbiterio.

